CAPÍTULO 2

LOS DEBATES METODOLÓGICOS CONTEMPORÁNEOS

2.1. Introducción

Durante el siglo XX el debate metodológico se centró fundamentalmente en los conceptos de CUALIDAD y CANTIDAD. El foco puesto en la relación controversial de este par conceptual hace a este debate tributario de las discusiones en la filosofía y la metodología de la teoría social del siglo XIX (Marx, Durkheim, Weber).

Uno de los principales ejes de la controversia se estructuró alrededor del abordaje elegido para dar cuenta de la relación entre individuo y sociedad, dando lugar, por un lado, a una perspectiva centrada en el sujeto y, por otro, a una basada en la estructura social. La primera tendió a poner el acento en la razón y la acción del sujeto, orientando las investigaciones hacia la búsqueda de la comprensión de las motivaciones y las decisiones individuales, considerando a los individuos capaces de la construcción y la interpretación de las conductas generadas en la interacción social. La segunda tendió a explicar la acción individual a partir de la estructura, por la pertenencia e integración a un todo social basado en normas.

El sustrato de estos enfrentamientos es de tipo ontológico, es decir, remite a alguna concepción subyacente de la realidad o, como sostiene Schwandt (1994: 132), a "supuestos acerca de cómo debe ser el mundo para que lo podamos conocer". Sus raíces se encuentran en la sociología clásica europea: desde una perspectiva durkheimiana, se trata de un mundo social regulado por normas con un orden semejante al natural; mientras que en el abordaje weberiano, se trata de un mundo caótico que los sujetos organizan para poder conocerlo. Para algunos hay un orden preexistente cognoscible, para otros el orden social es una construcción humana.

La diversidad de estos enfoques y sus desacuerdos dieron lugar a debates epistemológicos sobre el estatus científico de las ciencias sociales, y metodológicos sobre los modos de producir y validar el conocimiento científico en estas disciplinas.

Al calor de esta controversia comenzaron a definirse, durante el siglo XX, dos "bandos" comprometidos en un "combate de religiones" —tal como lo in-

dica figuradamente Marradi (1997b). Por un lado, uno aglutinado bajo la aceptación y promoción de la medición como "mejor" medio para asegurar la cientificidad de las prácticas de investigación de las ciencias sociales; por el otro, uno comprometido con el rechazo radical de cualquier intento de cuantificación de la realidad social (véase apartado 1.5).

Ferrarotti (1983: 9) llamaba irónicamente "sociografía"[1] a las prácticas y a la perspectiva sociológica del primer grupo, a cuyos exponentes juzgaba "responsables de [la] degradación [de la sociología]", por haberla condenado a la "pérdida de su conciencia problemática" y haberla hecho "funcional a los intereses económicos dominantes y a la lógica del mercado". Las prácticas del segundo grupo eran, en cambio, habitualmente denunciadas como no científicas, y sus defensores, como representantes de una *nouvelle vague* antimetodológica (Statera 1984) que proponía un "edén" imposible de alcanzar (Leonardi 1991).

Estos debates cobraron actualidad en la década de 1960, en circunstancias que Giddens (1979) califica como "disolución del consenso ortodoxo" de las ciencias sociales, cuando terminaron por popularizarse algunas antinomias que en cierta medida aún nos acompañan: cuantitativo versus cualitativo, explicación versus comprensión, objetividad versus subjetividad, neutralidad versus participación; en definitiva, descripción de la sociedad "tal cual es" versus crítica y transformación de la sociedad actual.

A partir de los años ochenta esta controversia epistemológica comenzó a perder fuerza. En las ciencias sociales empezó a considerarse que la cuestión de los MÉTODOS CUANTITATIVOS y CUALITATIVOS no se resolvía en el plano de las discusiones filosóficas sobre la realidad, sino en el plano de la racionalidad de medios afines entre: un problema cognitivo de interés, un diseño de investigación apropiado al problema y los instrumentos técnicos más adecuados para resolverlo. En este contexto se fue imponiendo lentamente lo que Bryman (1988) denomina "argumento técnico":[2] los métodos cuantitativos y cualitativos son apropiados para alcanzar distintos objetivos cognitivos y tratar problemas de índole diferente, y la tarea del investigador no es apegarse acríticamente a un modelo, sino tomar las decisiones técnicas pertinentes en función del problema de investigación que enfrenta (Marradi 1992). También es posible imaginar problemas de investigación cuyo abordaje requiera de una combinación de métodos, lo que se conoce habitualmente como TRIANGULACIÓN METODOLÓGICA (véase apartado 2.4).

[1] El término "sociografía" (y su equivalente en otras lenguas) ha sido usado con diferentes sentidos. En las ciencias sociales uno de sus primeros usos se atribuye al pensador escocés Patrik Geddes, quien llamaba así a su particular enfoque, que él mismo describía como una síntesis de sociología y geografía. Como se advierte en la cita, el sentido de Ferrarotti es más bien despectivo: busca poner en evidencia la pobreza de ciertas perspectivas sociológicas que se reducen al uso de estadísticas y con fines meramente descriptivos. Por otra parte, ésta es la definición del *Webster Encyclopedic Unabridged Dictionary* (1996): rama de la sociología que usa datos estadísticos para describir fenómenos sociales.

[2] Además de los argumentos epistemológico y técnico aquí referidos, en la literatura metodológica también se encuentran argumentos ontológicos, axiológicos y gnoseológicos como fundamento de la distinción cualitativo/cuantitativo (Piovani *et al.* 2006).

En la actualidad no son pocos los autores que creen que una clasificación de los métodos basada en el criterio de cualidad/cantidad resulta poco útil y debería abandonarse (a propósito de esto, véase por ejemplo nuestra propuesta en el capítulo 1). Sin embargo, los usos terminológicos no son fácilmente modificables, y se sigue apelando muy frecuentemente a los rótulos de "estudio cualitativo" o "estudio cuantitativo".

Por otra parte, es de hacer notar que las tradiciones teóricas y epistemológicas a las que se ha recurrido usualmente para dar cuenta de los enfoques cuantitativo y cualitativo —positivismo e interpretativismo respectivamente— son menos monolíticas y más complejas de lo que lo que se suele reconocer. Con el fin de aportar a una comprensión más profunda de las raíces y desarrollo histórico de los debates epistemológicos y metodológicos contemporáneos de las ciencias sociales, presentamos a continuación una breve reconstrucción de dichas tradiciones, enfatizando sus matices y tensiones internas. Partimos del análisis de las perspectivas canónicas (representadas en este caso por el positivismo y sus sucedáneos) para luego pasar al conjunto de enfoques críticos que se han postulado como alternativas epistemológico-metodológicas.

2.2. El debate intrapositivista

La perspectiva generalista encontró su versión metodológica más acabada en el positivismo, siguiendo el camino marcado por Auguste Comte, Gabriel Tarde y Herbert Spencer, y más aún por Emile Durkheim —heredero del pensamiento de Bacon y Descartes. Durkheim (1895), a la luz del modelo de las ciencias naturales, estableció una analogía entre el objeto de las ciencias sociales —el hecho social— y las cosas, y predicó la necesidad de tratar metodológicamente al primero igual que a las segundas. Esta necesidad anclaba en el convencimiento de la existencia de un único modelo científico válido para todas las ciencias, perspectiva que se conoce como MONISMO METODOLÓGICO (véase apartado 3.2). La propuesta de tomar como modelo a la física suponía que la realidad social también estaba regida por leyes universales, susceptibles de ser descubiertas con la aplicación del mismo método científico.

En el marco de este paradigma fue tomando forma una estrategia metodológica habitualmente conocida como cuantitativa, pero más adecuadamente definible en este caso como método de la asociación (véanse apartados 1.3 y 1.4). Éste se caracteriza por el recurso a un conjunto de instrumentos conceptuales y operativos para la investigación empírica que permitirían —en principio— cumplir objetivos análogos a los que en la física cumplía el experimento —asumiendo que éste no podía ser aplicado al nuevo objeto. Dichos objetivos, desde el punto de vista cognitivo, constituyen el fin principal de la ciencia moderna en clave galileana (véase apartado 1.1): en definitiva, se pretendía cuantificar aspectos de la realidad social para luego poder establecer sistemáticamente relaciones entre ellos, con el objetivo final de postular leyes generales sobre el funcionamiento de la sociedad y de los fenómenos sociales.

En el ideario tardo-positivista, la ley científica estaba desprovista de cualquier contenido metafísico que le diera un tinte de necesidad inherente; era más bien la generalización de una secuencia dada de fenómenos empírica y repetidamente observados, y dotada por lo tanto de regularidad. Por otra parte, tal secuencia —en tanto rutina perceptiva— era la base empírica de la explicación causal. Al respecto, cabe hacer notar que para los máximos mentores del instrumental técnico de la investigación social cuantitativa (de la asociación) de fines del siglo XIX —especialmente Karl Pearson— la idea de contingencia era más adecuada que la de causalidad. Para ellos, la causalidad no era un principio dicotómico, de suma cero (un hecho es causa o no de otro), sino una gradación de distintos niveles posibles de relación entre los fenómenos. Desde su perspectiva, la tarea del científico era justamente la de determinar las formas y grados de la relación entre los fenómenos estudiados (a través de la correlación), y generalizar los resultados a partir de una lógica inductiva (Piovani 2006).

A la idea de GENERALIZACIÓN se sumaban las de OBJETIVIDAD y EXTERNALIDAD: el carácter externo y autónomo de la realidad exigía la objetividad como requisito para alcanzar conocimiento válido. Así, la idea de la neutralidad valorativa se impuso como una de las características elementales del conocer científico.

El carácter empírico de la actividad científica, basada en la medición y el manejo de los datos como sustento de la explicación, se fue afianzando en los ciencias sociales durante el siglo XX, y adquirió carácter predominante —particularmente en EE.UU.— a través de la difusión de la técnica del sondeo (*survey*). El desarrollo de la estadística y la aplicación de la teoría de la probabilidad a las técnicas de muestreo, que permitía predecir con importante aproximación la conducta de grandes poblaciones a partir de muestras relativamente pequeñas, contribuyó a la fascinación por el número y la medida.

En los años cuarenta, y bajo el liderazgo intelectual de Robert Merton y Paul Lazarsfeld, se desarrolló en la Universidad de Columbia el denominado *survey research*, iniciando una línea de investigación basada en sondeos que contribuyó con importantes aportes a la teoría sociopolítica.[3] Por otra parte, el *survey research* fue el exponente más típico de la operativización, en las ciencias sociales, de lo que se conoce como visión estándar de la ciencia —*standard view* (véanse apartados 1.3 y 1.4). La visión estándar, heredera de la tradición positivista, ejerció un predominio indiscutido en la epistemología de mediados del siglo XX, especialmente en el mundo anglosajón (Mulkay 1979, Outhwaite 1987, Piovani 2002). Si bien no se trata de una posición carente de matices, se puede encuadrar genéricamente en lo que se conoce como neopositivismo y falsacionismo, y ligar a la obra de Carnap (1939), Hempel (1966), Nagel (1961) y muy especialmente Popper (1934, 1963).

[3] Con posterioridad, la aparición de la tecnología informática permitió manejar una cantidad muy grande de datos en la búsqueda de relaciones multivariables por medio de programas estadísticos, en particular de datos provenientes de encuestas y censos.

A principios del siglo XX era común sostener que el conocimiento científico difería de otras descripciones y explicaciones del mundo porque se derivaba de los hechos: a partir de las repetidas observaciones de la realidad, siguiendo una mecánica inductiva, se podían alcanzar generalizaciones sobre los fenómenos estudiados. En cambio, Popper va a proponer una alternativa que se conoce habitualmente como falsacionismo.

Como él mismo señala en *Conjectures and Refutations* (1963), en la Viena de la primera posguerra comenzó a interesarse por el siguiente problema: "*¿cuándo una teoría debe ser considerada científica?* o *¿existe un criterio del carácter o estatus científico de una teoría?*" Para entender el sentido de esta preocupación resulta importante indagar acerca del porqué de este interés en encontrar un CRITERIO DE DEMARCACIÓN que distinguiera al conocimiento científico. A diferencia de sus predecesores positivistas y de sus contemporáneos neopositivistas del Círculo de Viena, él no se interesaba tanto en la distinción entre ciencia y metafísica; su objetivo primordial era el de diferenciar la ciencia de la pseudociencia. Para Popper (1963) la pseudociencia es el conocimiento que se presenta como científico, pero que en realidad tiene más que ver con los mitos primitivos.[4] En su perspectiva, el conocimiento no comienza por una observación ateórica cuya repetición permite una generalización inductiva, sino por la postulación de una conjetura o hipótesis que pretende describir o explicar algún aspecto de la realidad y a partir de la cual se derivan —deductivamente— enunciados observacionales que permitirán su contrastación empírica. Por lo tanto, la ciencia sigue un camino HIPOTÉTICO-DEDUCTIVO. La característica singular del conocimiento científico es que esta conjetura debe ser pasible de FALSACIÓN, es decir, debe poder ser demostrada falsa (y nunca definitivamente verdadera) a través de enunciados observacionales específicos. Según Popper (1972), además, es a través de los mecanismos de falsación que la ciencia progresa.

La consagración del método hipotético-deductivo como única vía válida para la producción de conocimiento científico revitalizó la idea del monismo metodológico: para Popper la ciencia se ocupa de explicaciones conformadas por sistemas de hipótesis que han resistido las pruebas de falsación, y estas pruebas sólo pueden hacerse a través de un único y mismo método.

El impacto de las ideas de Popper en las ciencias sociales fue importante: ellas fueron tomadas como base epistemológica por parte de la sociología académica norteamericana de la época y contribuyeron a dar sustento a lo que Giddens (1979) denomina "consenso ortodoxo" de las ciencias sociales, dominante especialmente en Estados Unidos hacia mediados del siglo XX, y articulado en torno del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons y otros. Por otra parte, la afinidad de las ideas de Popper con estas corrientes sociológicas no se limitaba a las esferas epistemológicas y metodológicas. Como dice Aron (1996: 244), en el ámbito de lo social y lo político Popper buscaba "defender e

[4] Según Popper (1963), ejemplos de grandes teorías pseudocientíficas de la época eran la teoría marxista de la historia, la teoría psicoanalítica de Freud y la psicología individual de Adler.

ilustrar con una argumentación lógica [...] una actitud reformista contra la actitud revolucionaria", talante profundamente compartido por los sociólogos de la época enrolados en las tradiciones teóricas del consenso.

Las propuestas de Popper pasaron a formar parte —acríticamente— de los manuales de metodología de la investigación social que se difundieron a escala global, en los que se las presentaba como "el" método científico (véase apartado 3.2). Esto trajo aparejadas algunas consecuencias negativas para la investigación social empírica: además de desacreditar cualquier práctica que se alejara del método hipotético-deductivo, significó el desplazamiento del problema de investigación del centro de la escena investigativa y la entronización de las hipótesis —muchas veces banales, postuladas de forma forzada y ritualista— como rectoras del proceso de investigación.

A pesar de su influencia, casi hegemónica hasta principios de los años sesenta y todavía vigente en muchos sentidos, y aun reconociendo la importancia de su crítica al inductivismo, la visión popperiana de la ciencia —y del progreso científico— no es inmune a las críticas. Una de las más sistemáticas y reconocidas se encuentra en la obra de Thomas Kuhn, particularmente en *The Structure of Scientific Revolutions* (1962).

Kuhn entiende que la ciencia debe ser estudiada y concebida como un proceso histórico; no se trata de un producto lógico-racional que se produce en el vacío, sino de un conjunto de prácticas sociales —históricamente condicionadas— que tienen lugar en el seno de una comunidad científica. Su concepto clave es el de PARADIGMA. Según la posdata de 1969 a su libro apenas citado, paradigma puede entenderse en un doble sentido: a) a nivel más general, como un conjunto de generalizaciones simbólicas, modelos heurísticos, valores comunes y soluciones ejemplares compartidas por una comunidad científica en un momento dado; b) en un sentido restringido, como decisión ejemplar relativa a la solución exitosa de algún tipo específico de problema científico.

A partir de su enfoque histórico, Kuhn distingue entre una etapa preparadigmática (en la que no hay acuerdos generales sobre el objeto de estudio, los científicos se encuentran relativamente aislados entre sí, y proliferan las corrientes que brindan criterios alternativos de investigación e interpretación, todos en pugna por prevalecer) y una etapa paradigmática (cuando un paradigma logra imponerse —generando amplios consensos en la comunidad científica y dando lugar en consecuencia a un período denominado de CIENCIA NORMAL). Pero pueden surgir momentos de crisis —producto de anomalías— que implican la puesta en cuestión de algunos de los consensos básicos del paradigma, no problematizados en las etapas de ciencia normal. Estas crisis pueden retrotraer el estado de la ciencia a una situación preparadigmática, y eventualmente desembocar en una REVOLUCIÓN CIENTÍFICA, por medio de la cual logrará afianzarse un nuevo paradigma, en cierto sentido inconmensurable con los anteriores.

En línea con la noción positivista tradicional relativa a un cierto gradó de retraso madurativo de las ciencias sociales con respecto a las naturales, Kuhn y otros autores han planteado que, a diferencia de las físicas, por ejemplo, las ciencias sociales nunca han pasado de la etapa preparadigmática. La controversia cualitativo/cuantitativo, para ellos, no sería más que un síntoma de la falta de consensos paradigmáticos sobre las formas de investigar y validar el conocimiento científico. Por otra parte, la idea de paradigmas en pugna —como se ha planteado en los primeros párrafos de este capítulo— ha constituido uno de los argumentos más utilizados (argumento epistemológico, como ya se ha visto) para sostener la distinción entre ambos tipos de métodos.

La imagen de la ciencia como resultado de prácticas sociales históricamente situadas —aspecto saliente del planteo de Kuhn— generó importantes debates al interior de la visión estándar. Probablemente, el último gran intento por preservar algunas de sus ideas básicas, ante las consecuencias que la obra de Kuhn traía, se encuentre en los escritos del epistemólogo húngaro Imre Lakátos. En un cierto sentido, su pensamiento refleja una apuesta por conciliar el falsacionismo popperiano con la perspectiva sociohistórica de Kuhn: "la unidad de análisis de Lakátos es lo que llama un 'programa de investigación', noción que tiene a la vez componentes sociológicos y lógicos, y que parece haberse originado en una conjunción de aspectos kuhnianos y popperianos" (Klimovsky 1994: 373).

Los programas de investigación incluyen un núcleo duro (conjunto de hipótesis fundamentales que la comunidad científica ha decidido no poner en cuestión) y un cinturón protector (constituido por una serie de hipótesis auxiliares que a través de su adaptación o modificación permiten la adecuación entre el núcleo duro y las observaciones). Además de esto, otro aspecto en el que se hace evidente el intento de Lakátos por dar respuesta a Kuhn, salvando algunos elementos del pensamiento de Popper, es el relativo al desarrollo histórico de la ciencia. Para esto recurre como estrategia a la distinción entre una historia interna (que comprende el estudio de las cuestiones lógicas y metodológicas por medio de las cuales se produce y valida el conocimiento científico) y una historia externa (que atañe a factores aparentemente extracientíficos, como la ideología, la cultura, el desarrollo económico, etcétera). Sin embargo, para explicar la evolución de la ciencia en tanto empresa racional, Lakátos —más cercano a la visión canónica— establece una jerarquía en la que otorga preeminencia a la historia interna.

A pesar del esfuerzo de Lakátos por salvar (algo de) la epistemología convencional a través de su falsacionismo sofisticado, la "revolución" iniciada con la publicación de la obra de Kuhn (1962) siguió desmoronando de manera ineluctable el edificio epistemológico y metodológico construido sobre las bases del positivismo/neopositivismo/falsacionismo. Además de nuevos embates como los de Feyerabend (1970), expresado por medio de su propuesta de una teoría anarquista del conocimiento, una de las consecuencias más relevantes se dio en términos del desarrollo de perspectivas históricas y sociológicas para el estudio de la ciencia. En el marco de ellas florecieron las miradas constructivistas y relativistas. Las críticas al positivismo, por mucho tiempo confinadas a posiciones minoritarias —y casi todas en el campo de las ciencias sociales y las humanidades— y de alcance limitado (por ejemplo la hermenéutica, que será analizada en la próxima sección), se generalizaron y alcanzaron los mismos cimientos (o núcleo duro) del proyecto positivista. Revitalizadas por la obra de

Kuhn, que tuvo un gran impacto en las ciencias sociales, las epistemologías propias de estas disciplinas también creyeron tener algo para decir acerca de la "impoluta" historia interna de la ciencia, incluso rechazando la distinción misma entre historia interna y externa como estrategia para dar cuenta de la ciencia y de su desarrollo histórico.

2.3. Las críticas al positivismo y los enfoques no estándar

Como se sugirió en párrafos precedentes, las críticas al positivismo no surgieron con la obra de Kuhn. Éstas tienen en cambio una larga y rica tradición; sólo que tal como hemos apuntado, su influencia en la epistemología y la metodología fue relativamente marginal hasta décadas recientes: ella se limitó en general al mundo de las ciencias sociales y las humanidades, e incluso en muchos casos —por ejemplo, la hermenéutica— no buscó rechazar al positivismo *per se*, sino contener su intromisión en disciplinas para cuyos objetos se lo consideraba inadecuado.

El término 'HERMENÉUTICA' deriva del griego ερμηνευμα, que significa interpretación. Si bien sus orígenes pueden rastrearse hasta los estudios literarios de los retóricos de la antigua Grecia y las exégesis bíblicas de la Patrística, la hermenéutica —en su sentido moderno— hace referencia a una interpretación profunda que involucra una relación compleja entre sujeto interpretador y objeto interpretado.

El primero en explorar la importancia de la interpretación más allá de la exégesis de los textos sagrados fue Schleiermacher, durante la primera mitad del siglo XIX. Él inauguró una tradición que luego continuarían los historicistas Dilthey, Windelband y Rickert, entre fines del siglo XIX y principios del XX, y más recientemente Gadamer, Apel y Ricoeur, entre otros.

La tradición hermeneútica adquirió relevancia metodológica y epistemológica para las ciencias sociales en la medida que destacó la especificidad de su objeto de estudio, y la consecuente necesidad de métodos propios para abordarlo, ligándolos al problema de la interpretación. En este sentido se destaca la figura de Dilthey, que extendió el dominio de la hermenéutica a todos los fenómenos de tipo histórico y promovió la comprensión (*verstehen*), por oposición a la explicación (*erklärung*),[5] como un movimiento desde las manifestaciones exteriores de la conducta humana hacia la exploración de su significado intrínseco.

La especificidad del objeto y la necesidad de métodos propios fue una idea heredada del filósofo de la historia italiano Giambattista Vico, quien había rechazado la posibilidad de aplicar el método cartesiano a los fenómenos humanos (o cívicos, en su propio lenguaje). Al absolutismo y objetivismo metodológico cartesiano también se opuso Immanuel Kant (1781), quien consideraba que los sentidos no constituían el único medio de la percepción.

[5] La distinción entre el explicar, como característico de las ciencias naturales; el conocer (*erkennen*), como típico de la filosofía y la teología, y el comprender, como propio de las ciencias históricas, se debe a Droysen (1868), quien ejerció una importante influencia en Dilthey.

Para Vico, en el conocimiento del orden humano de la realidad es fundamental la sabiduría práctica (o frónesis, del griego φρονησις), que ya Aristóteles había señalado como la aplicación del buen juicio a la conducta humana, en oposición a la sabiduría (o sofía, σοφια), que hacía referencia al conocimiento de las causas, o de por qué las cosas son como son. Por otra parte, Vico destacaba que este tipo de fenómenos estaba gobernado por aspectos en cierto sentido imponderables, en cuya investigación no se podía seguir un esquema lineal, predefinido, tal como había postulado Descartes.

Se va a ir consolidando así una distinción entre el conocimiento del mundo material (la naturaleza), para el cual los hermeneutas no negaban los principios y métodos generalizadores de corte positivista, y el conocimiento de los fenómenos espirituales (humanos), que requerían de una interpretación profunda y que por sus características y complejidad no podían reducirse a leyes universales. Esta distinción llegó al clímax en el marco de la Escuela de Baden, cuando Windelband primero, y Rickert después, propusieron la distinción entre aproximaciones NOMOTÉTICAS (típicas de las ciencias de la naturaleza), que tienen por objeto la postulación de leyes generales basadas en procesos causales uniformes, y aproximaciones IDIOGRÁFICAS (típicas de las ciencias humanas o del espíritu, *geisteswissenschaften*), cuyo objeto es el estudio de fenómenos cambiantes que deben ser interpretados en su especificidad y por lo tanto situados contextualmente.

Entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, esta tradición intelectual maduró en las ciencias sociales empíricas de la mano del sociólogo alemán Max Weber. Así como el pensamiento de Durkheim se puede señalar como el más importante antecedente específicamente sociológico del enfoque estándar, la obra de Max Weber, vista en retrospectiva, constituye el antecedente más destacado de la perspectiva no estándar.

En su obra *Wirtschaft und Gesellschaft*, publicada póstumamente en 1922, Weber define a la sociología como una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social. Pero dado que para él la acción es un comportamiento subjetivamente significativo, promueve la COMPRENSIÓN como el método adecuado para investigarla. Influido por su maestro Rickert, intenta distinguir el abordaje sociológico del modelo físico, destacando el carácter histórico de los fenómenos sociales. Asimismo, se opone al objetivismo imperante en las ciencias de la naturaleza; en el ámbito de la cultura hechos y valores se entrecruzan, y esto se refleja incluso en la investigación, cuando el estudioso selecciona un tema de interés.

Desde un punto de vista más instrumental y operativo, los denominados métodos cualitativos de investigación, enmarcados en la corriente interpretativa de raíz weberiana, abrevan del método etnográfico de la antropología clásica. En efecto, si bien se toma en ocasiones a los trabajos de Tocqueville y Le Play como predecesores de la investigación cualitativa —por oposición a los estudios cuantitativos de Quetelet— lo habitual es considerar como sus antecedentes más directos las prácticas etnográficas de la antropología clásica (y de la es-

cuela sociológica de Chicago). En la antropología de fines del siglo XIX y principios del siglo XX ya se recurría a formas de trabajo de campo que muchos consideran —al menos superficialmente— análogas a ciertas prácticas de la actual investigación social no estándar.[6]

La antropología clásica se enmarcaba dentro de corrientes colonialistas; sus estudios etnográficos eran fundamentalmente de tipo descriptivo, con la mirada puesta en otras culturas en las que el investigador —"etnógrafo solitario"— se trasladaba para recolectar datos orientados al estudio de un otro cultural "primitivo" que, organizados en notas de campo, eran luego volcados en informes de investigación llamados habitualmente "monografías".[7]

Contemporáneamente al desarrollo de la antropología clásica, durante las primeras décadas del siglo XX, florece en Estados Unidos la sociología de la ESCUELA DE CHICAGO. En este ámbito, y a partir de una confrontación entre el uso de los métodos estadísticos y el estudio de caso, el sociólogo polaco Florian Znaniecki propone la distinción metodológica entre inducción enumerativa (en la que los casos son tratados como ejemplos de colectivos) e inducción analítica (en la que cada caso ilumina aspectos de una teoría general). La investigación de Thomas y Znaniecki (1918-1920), *The Polish Peasant in Europe and America*, marcará un hito del método etnográfico: la inducción analítica pasará a ser considerada como intrínsecamente etnográfica pues, aunque en los estudios también se utilizaran métodos cuantitativos, éstos tenían un estatus subordinado frente a los métodos cualitativos.

En el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago (que por mucho tiempo fue Departamento de Sociología y Antropología) también desarrollaron sus trabajos Park y Burgess, quienes destacaron el carácter idiográfico de los estudios sociales y dieron lugar a la sociología urbana, y Mead y Blumer, fundadores del INTERACCIONISMO SIMBÓLICO.

[6] Sin embargo, se discute si tal enfoque puede considerarse genuinamente cualitativo en el sentido contemporáneo (véase apartado 10.4). Vidich y Lyman (2000), por ejemplo, han señalado que la investigación de la antropología clásica y de la sociología de la Escuela de Chicago nació sin la intención de "comprender al otro". Por otra parte, la escuela funcionalista inglesa (exponente saliente de la antropología clásica), en la que se enmarcan figuras como Malinowski, Radcliffe-Brown y Evans Pritchard, estuvo decisivamente influenciada por pensadores positivistas de la talla de Comte, Spencer y Durkheim. En la Escuela de Chicago, por su parte, y según Platt (1985), toda la evidencia indica que las propuestas comprensivistas weberianas eran completamente desconocidas y no fueron tomadas como sustento teórico-metodológico de la investigación empírica que allí se desarrollaba.

[7] La antropología transita luego por perspectivas evolucionistas —basadas en teorías del desarrollo pensado en etapas sucesivas, y en la idea de un otro "subdesarrollado" como objeto de estudio— hasta que, avanzado el siglo XX, la investigación etnográfica se vuelca hacia la propia sociedad del analista, con enfoques "multiculturalistas" que se sustentan en el pluralismo y la diversidad cultural. En el marco de este proceso que Burgess (1984) denomina "la vuelta a casa de la etnografía", ésta quedará definida por su carácter multimétodo, basado en la utilización de diversos instrumentos de recolección de informaciones (observación participante, entrevista en profundidad, análisis documental), la orientación hacia la especificidad cultural del fenómeno estudiado y el análisis en profundidad de pocos casos (véase apartado 1.5).

Con los trabajos de Park y Burguess la etnografía se reorienta hacia la propia sociedad. Su mirada se encauza hacia la diversidad ciudadana, a través del análisis de todas las otredades urbanas (tribus, ghettos, nacionalidades, etnias, religiones, subgrupos). Herbert Blumer, por su parte, siguiendo la línea de pensamiento de George Mead, desarrolla el interaccionismo simbólico, orientado a comprender toda situación social desde la visión e interpretación del propio actor en interacción. Desde esta perspectiva, los individuos, en tanto sujetos interactuantes y autointeractuantes, deben interpretar el mundo para poder conducirse en él. El interaccionismo simbólico investiga este proceso por el cual los sujetos desarrollan estrategias a partir de las interpretaciones que realizan de su propia experiencia. El método consiste en "asumir el papel del actor y ver su mundo desde su punto de vista" (Blumer 1969: 73). En este proceso investigativo interactivo también se recrea la identidad del investigador.

Pero en la sociología, estas tradiciones que podríamos llamar en cierto sentido protocualitativas perdieron relevancia especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando el maridaje entre la lógica hipotético-deductiva y el *survey*, en el marco del consenso ortodoxo de las ciencias sociales, sellaron el destino de gran parte de la investigación social empírica.[8] A partir de los años sesenta, las críticas a la sociología convencional favorecieron la reactivación de la investigación no estándar. En ese contexto se resignificaron algunas prácticas metodológicas de la antropología clásica y de la sociología de Chicago, dotándolas de un fundamento teórico-epistemológico de corte interpretativista que aparentemente no habían tenido en sus orígenes (véase nota 7). En esta resignificación jugaron un papel central los aportes de la hermenéutica, el constructivismo, la fenomenología, la teoría crítica y otros.

Si bien la tradición interpretativa —como el párrafo precedente sugiere— no constituye un bloque monolítico, todas sus variantes comparten la preocupación por elucidar los procesos de construcción de sentido, aunque la conceptualización de este proceso y las propuestas para su comprensión —como se acaba de decir— no conforman un paradigma único. Entre los aspectos comunes se destaca el interés por diferenciar el objeto de las ciencias sociales, poniendo en cuestión la validez universal del modelo de las ciencias naturales. Asimismo, se evidencia la necesidad de contar con esquemas de investigación y análisis propios —y fundamentalmente diferentes— persiguiendo objetivos cognitivos que, sin perder su carácter científico, no busquen necesariamente la medición y la cuantificación de los fenómenos ni el control empírico de enunciados que den cuenta de sus relaciones.[9] Por otra parte, estas posiciones com-

[8] También se ha destacado la influencia de la nueva situación de EE.UU. a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, como actor hegemónico internacional, en el favorecer los estudios de *survey* por sobre los estudios etnográficos de caso. Aparentemente, los primeros habrían sido más funcionales a las necesidades de conocimiento social para su agenda interna y a la imposición de su modelo político-económico a nivel internacional.

[9] Para un tratamiento detallado de las características de los enfoques no estándar véase el apartado 1.5.

parten la convicción sobre la incapacidad del positivismo para capturar la naturaleza y complejidad de la conducta social, entendida como un fenómeno único, irrepetible e irreplicable, cuyo sentido debe ser comprendido en su especificidad.

En la *New School of Social Research*, de Nueva York, el sociólogo alemán Alfred Schutz, siguiendo la línea de pensamiento fenomenológica de Husserl, sostuvo que los individuos constituyen y reconstituyen su mundo de experiencia. Schutz focalizaba sus estudios en los procesos a través de los cuales los sujetos producen interpretaciones que dan forma a lo real en la vida cotidiana. Ésta era interpretada en el marco del sentido común desde el que se producen y organizan las motivaciones y las acciones. De este modo, la mirada fenomenológica se orientó al razonamiento práctico del sentido común en tanto otorgador de significado. Según Schutz (1962), las ciencias sociales están conformadas por constructos de segundo orden, que le dan sentido a los constructos de primer orden de los actores en la vida cotidiana.

Heredera de la FENOMENOLOGÍA de Schutz es la ETNOMETODOLOGÍA de Harold Garfinkel (1967). La preocupación de este autor, discípulo de Parsons, se orienta a la producción, legitimación, cuestionamiento y reproducción del orden social por la actividad interpretativa de los sujetos. Desde la perspectiva etnometodológica, la conducta —que siempre es imaginada como producto de una norma— es descrita y explicada por su referencia a consensos socialmente compartidos. El análisis se focaliza en el proceso de otorgamiento de sentido a partir de normas sociales, que dan como resultado los criterios de normalidad. En términos instrumentales se prioriza el análisis de conversaciones, enmarcadas en el contexto donde los actores resuelven situaciones sociales. La conversación conlleva y constituye las expectativas que subyacen a la interacción social. Una herramienta etnometodológica son los experimentos basados en estímulos disruptores de expectativas, a fin de analizar las respuestas de los sujetos tendientes a readaptar la situación.

La corriente CONSTRUCTIVISTA, proveniente también de la tradición fenomenológica, se opone igualmente al realismo empírico de la mirada positivista, predicando la imposibilidad del conocimiento objetivo. Esta imposibilidad se fundamenta en la existencia de múltiples realidades, construidas desde diferentes perspectivas. Ante la inexistencia de un mundo real único pierden sentido los criterios rígidos para articular un consenso metodológico y la idea de una ciencia acumulativa organizada en un proceso de desarrollo lineal.

Desde la antropología interpretativa, Clifford Geertz (1973), en oposición al modelo estructuralista de Lévi-Strauss, propone la interpretación como alternativa a las explicaciones causales de la cultura. Para Lévi-Strauss, la conducta de los individuos era explicada a partir de la estructura social y el significado era indagado en las reglas constitutivas del sistema organizador de las acciones. Geertz, por el contrario, considera que la DESCRIPCIÓN DENSA constituye la forma adecuada para dar cuenta del proceso de formación de sentido del sujeto.

Otra vertiente dentro de los métodos cualitativos está representada por la estrategia de la TEORÍA FUNDAMENTADA (*grounded theory*), introducida por Glaser y Strauss (1967) como un método para generar teoría de alcance medio a partir de los datos empíricos. La propuesta, basada en una acción dialógica entre datos y teoría, se opone a la "gran teoría"[10] y al método hipotético-deductivo. La relación entre teoría y datos se invierte: éstos pasan de ser la instancia verificadora/falseadora a ser la fuente de la teoría. El protagonismo de los datos dentro del proceso de investigación se desliza entonces desde la etapa de la puesta a prueba al proceso de construcción de la teoría (véase apartado 17.3). La *grounded theory* promueve una metodología fundada en la inducción, en la que el muestreo estadístico es suplantado por el muestreo teórico. Las unidades de observación se seleccionan según criterios formulados desde la perspectiva del investigador, y el tamaño de la muestra se alcanza por saturación (véase apartado 12. 5), es decir, cuando ninguna observación adicional agrega nueva información relevante.

Vinculada a la ESCUELA CRÍTICA DE FRANKFURT (Adorno, Horkheimer, Marcuse, Habermas, entre otros) nace la denominada TEORÍA CRÍTICA, cuyos mentores, a partir del pensamiento marxista, y en algunos casos también freudiano, desarrollan interpretaciones de nuevas formas de dominación, incorporando la valoración política entre los elementos del proceso investigativo. Cuestionan la objetividad del pensamiento moderno y lo interpretan en términos de sus consecuencias políticas. Denuncian a la ciencia social del consenso ortodoxo, que celebraba la sociedad tal como era y limitaba su función a la mera descripción y explicación de ésta (juicios de hecho), y fomentan en cambio una ciencia transformadora de la realidad social.[11] Las posiciones críticas entienden que las ciencias sociales no están para conservar y reproducir las desigualdades sociales, sino para denunciarlas y modificarlas, e incorporan a los valores y a la ideología como orientadores del análisis de la producción y reproducción de las diversas formas de dominación social.

Actualmente existen muchas escuelas que se insertan en la teoría crítica desde diferentes perspectivas, sin tener un consenso único. En las últimas décadas, por ejemplo, dentro de los nuevos paradigmas de la crítica social, se ha desarrollado la crítica epistemológica y metodológica feminista. Ésta se ha caracterizado, en diferentes momentos de su desarrollo, por un cuestionamiento epistemológico al esencialismo, en la medida que éste apunta a la legitimación de las relaciones de dominación entre los géneros anclada en la biología. Esto dio lugar al surgimiento de nuevas categorías de análisis como el "género", que permitía diferenciar las construcciones sociales y culturales del determinismo biológico, y combatir la naturalización de las desigualdades sociales.

[10] En el sentido que Charles Wright Mills (1959) atribuía a Talcott Parsons, especialmente por su teoría general de la acción y del sistema social.

[11] Se trata de un momento histórico en el que se realiza una importante revisión crítica de la idea de ciencia social ortodoxa —pensada y justificada a imagen y semejanza de la física— que por un lado se abrazaba a una supuesta objetividad y neutralidad, mientras que por el otro contribuía a difundir una visión conservadora de la sociedad. Y esta revisión crítica general y generalizada incluyó obviamente a la problemática de los métodos.

Otra importante crítica feminista se orientaba al carácter de verdad necesaria y universal con que el determinismo biológico impregnaba la posición subordinada de las mujeres. A esto se le opuso el carácter contingente e históricamente situado de las relaciones sociales.

Un rasgo de la teoría crítica que se expresa en el feminismo es su traducción en la práctica política, manifestada en la lucha contra el sexismo, contra los valores y las instituciones del patriarcado y contra las relaciones de poder-subordinación entre los géneros.

A principios de los ochenta muchas representantes de esta corriente abandonaron la idea de una gran teoría feminista capaz de generar categorías para explicar al sexismo sin tomar en cuenta la diversidad cultural. En parte, esto fue una respuesta a fuertes críticas internas hacia la teoría hegemónica que fue caracterizada como "de y para mujeres blancas heterosexuales de clase media". Estos debates dieron lugar a la incorporación de perspectivas epistemológicas que favorecieron una comprensión clasista, sexual y étnica de las relaciones sociales, histórica y culturalmente situadas.

Actualmente la mirada se vuelca hacia investigaciones de tipo localista; la construcción académica feminista se orienta cada vez más a las diferencias y las particularidades históricas y culturales, abandonando la idea de una teoría, una epistemología o un método feministas. Como sostienen Fraser y Nicholson (1990), tal vez sería mejor hablar de la práctica política feminista contemporánea en plural, como la práctica de los feminismos.

La reactivación del interés por la investigación cualitativa, a partir de la década de 1960, también implicó que gran parte del debate metodológico se trasladara desde la oposición cuantitativo/cualitativo hacia el interior de los métodos cualitativos. Schwandt (1994: 130) identifica cuatro ejes en el debate intracualitativo:

a) los criterios y la objetividad, centrado en cuál es el fundamento de las interpretaciones;
b) el alcance crítico o compromiso político, que lleva a una distinción entre teoría descriptiva y prescriptiva;
c) la autoridad del investigador a partir de la legitimidad de la interpretación, y
d) la confusión de las demandas psicológicas y epistemológicas.

Una de las principales críticas a los métodos no estándar se ha dirigido a su supuesta falta de rigor y precisión, así como su incapacidad para generalizar los resultados. Como respuesta a estas críticas, y a partir del cuestionamiento de los criterios positivistas de objetividad, validez, fiabilidad y generalización, se instaló en la agenda cualitativa la búsqueda de instrumentos conceptuales y criterios alternativos que fuesen más adecuados para juzgar sus procedimientos y sus productos. Guba y Lincoln (1985), por ejemplo, han propuesto las nociones de credibilidad y transferibilidad; Adler y Adler (1994), las de autenticidad y verosimilitud, y con respecto a la posibilidad de generalización, Patton (1986) y Sykes (1991) han defendido la idea de extrapolación razonable (véase apartado 10.5). Sadowski y Barroso (2002), por su parte, señalan que a pesar del gran esfuerzo realizado en los últimos veinte años con respecto a esta cuestión, aún no se ha llegado a establecer un consenso acerca de los criterios de calidad en los estudios cualitativos; a su juicio, ni siquiera se ha alcanzado un acuerdo sobre la necesidad/pertinencia de que exista un consenso sobre tales criterios.

Tal vez esto se deba, al menos en parte, al hecho de que desde la década de 1990 —en la que Denzin y Lincoln (1994) identifican un "quinto momento" en el desarrollo de los métodos cualitativos— coexisten una multiplicidad de concepciones que tienen en común la perspectiva del sujeto: neoestructuralismo, interaccionismo simbólico, antropología cultural y cognitiva, feminismo, etnometodología, fenomenología, teoría crítica, estudios culturales, etcétera. Para Denzin (1994), esta variedad de enfoques cualitativos responde a la realidad de un mundo posmoderno, múltiple y fragmentado, en el que no es posible ninguna generalización y donde coexisten diferentes concepciones competitivas, sin predominio de unas sobre otras (véase apartado 1.5). Esta multiplicidad de perspectivas, por otra parte, se da en un contexto en el que los límites entre los estilos cuantitativo y cualitativo se han vuelto imprecisos —si es que alguna vez fueron muy precisos— y se generan incertidumbres en cada uno de ellos (Hamilton 1994). Para Valles (1997) la característica del presente, en términos de la metodología de las ciencias sociales, está dada por el repliegue, por la autocrítica de cada uno de los dos grandes modelos de investigación. En línea con esto, desde hace ya muchos años han empezado a difundirse los intentos de integración de ambos tipos de investigación, e incluso los de superación del debate *tout court*.

Una figura destacada y pionera en los intentos de superación del debate cualitativo/cuantitativo fue la de Pierre Bourdieu, heredero de una tradición sociológica clásica cuyas variadas influencias, en cierto sentido, buscó sintetizar de un modo original. Una particularidad de Bourdieu fue su carácter polifacético: él se ha movido con relativa comodidad por los senderos de la investigación empírica, de la teorización sociológica, y de la reflexión epistemológica y metodológica —ámbitos que la profesionalización y la especialización de las ciencias sociales han tendido a mantener relativamente aislados entre sí. Tal vez haya sido esta particularidad lo que le permitió promover la superación de las típicas antinomias epistemológicas y metodológicas de las ciencias sociales: explicación/comprensión, subjetivo/objetivo, micro/macro, estándar/no estándar, etcétera. Desde el punto de vista operativo, Bourdieu buscó integrar prácticas habitualmente reconocidas como cualitativas (por ejemplo, la observación participante), con otras cuantitativas (encuesta por muestreo y análisis estadístico).

Pero más allá de estos intentos de superación del debate cualitativo/cuantitativo, entre los cuales el de Bourdieu representa tan sólo un ejemplo, en los últimos años se han propuesto diversas formas de articulación o integración entre las diferentes perspectivas metodológicas. Éstas, que genéricamente se conocen como triangulación metodológica, serán el objeto de la siguiente sección.

2.4. Las propuestas de superación del debate cualitativo-cuantitativo: la triangulación metodológica y sus límites

Como se acaba de indicar, cada vez se han vuelto más recurrentes las críticas a la distinción cualitativo/cuantitativo. A partir de una revisión de la literatura sobre el tema, Chiesi (2002) concluye que en la actualidad la mayoría de los autores la considera banal o simplemente incorrecta. Cardano (1991), por su parte, indica que es ambigua, y que en todas las tradiciones teóricas de las ciencias sociales se han desarrollado técnicas que podrían considerarse cualitativas o cuantitativas. Para Statera (1992) se trata de una cuestión meramente retórica, y Campelli (1991) opina que todos los actos de investigación empírica implican una combinación de cualidad y cantidad.

En línea con estas miradas críticas ha surgido una serie de propuestas tendientes a integrar ambos tipos de estrategias. Ellas ya forman parte del patrimonio de conocimiento metodológico de las ciencias sociales y aparecen reflejadas cada vez más en los manuales especializados. Como plantea Ruiz Olabuénaga (1996), en estos textos pareciera sostenerse una posición de relativo consenso, ligada al argumento técnico que hemos presentado en la primera sección de este capítulo, en torno de dos cuestiones: 1) ambos métodos son igualmente válidos, aunque por sus características resultan recomendables en casos distintos, y 2) ambos métodos no son incompatibles, hecho del que deriva la posibilidad de integración siempre que esto repercuta en un mejor abordaje del problema en cuestión. Este último postulado, justamente, remite a las ideas actuales acerca de la triangulación.[12]

Para Bryman (2004), una de las primeras referencias a la triangulación se encuentra en la idea de *unobtrusive methods* propuesta por Webb *et al.* (1966), quienes además habrían sido los primeros en usar la palabra 'triangulación' en las ciencias sociales. Sin embargo, la idea —al menos en un sentido metafórico— ya había sido desarrollada por Campbell y Fiske (1959) (véase también el apartado 7.5), entre otros, para dar cuenta de la convergencia de diferentes mediciones en la determinación de un mismo constructo, evitando de este modo las limitaciones de una única operativización. Sólo que en estas obras la práctica había sido designada recurriendo a otras expresiones, como por ejemplo la de validez convergente. Sin embargo, la noción de Campbell y Fiske era fiel al significado que la triangulación tenía en las disciplinas de las cuales fue tomado el término (la navegación y la agrimensura): esencialmente, éste hace referencia a la determinación de la posición de un punto a partir de la intersección de dos rectas trazadas desde otros dos puntos cuyas posiciones son conocidas.

Denzin (1970) fue uno de los principales responsables de la difusión de la idea de triangulación, distinguiendo además cuatro formas: de datos, de investigadores, teórica y metodológica. A su vez, promovió una diferenciación entre la triangulación intramétodo (*within-method*) e intermétodo (*between-method*).

[12] Para un tratamiento más exhaustivo del tema de la triangulación en las ciencias sociales, sus orígenes, desarrollo histórico, modalidades, críticas, etcétera, véase Piovani *et al.* (2006).

Knafl y Breitmayer (1989) señalan que los principales objetivos de la triangulación en las ciencias sociales son la convergencia y la completitud: como medio de validación convergente o como modo de alcanzar una comprensión más acabada de un mismo fenómeno, desde distintos ángulos.

A pesar de sus atractivos, la idea de triangulación también ha sido objetada, y desde diversos puntos de vista. Bryman (2004) enumera algunas de las críticas más frecuentes: sus presupuestos ligados a cierto realismo ingenuo y la asunción de que datos provenientes de distintos métodos puedan ser comparados inequívocamente (e incluso considerados equivalentes). Massey (1999) realiza una crítica más radical; para él, los fundamentos conceptuales de la triangulación son esencialmente inconsistentes.

De todos los tipos de triangulación, la metodológica es probablemente la que ha adquirido mayor difusión y popularidad, al punto que se han acuñado nuevas expresiones —como "investigación multimétodo"— para dar cuenta de ella. Según Bryman (2004), ésta implica el uso conjunto de dos o más métodos para abordar un mismo problema o problemas diferentes pero estrechamente relacionados. El principal argumento a su favor (que Massey considera erróneo desde un punto de vista lógico) es que de este modo se aumenta la confianza en los resultados de una investigación.

La propuesta de triangulación metodológica ha encontrado oposición especialmente entre aquellos más apegados a la explicación epistemológica de las diferencias entre métodos cualitativos y cuantitativos. No obstante, como indica Bryman (2004), la mayoría de los investigadores ha adoptado posiciones más pragmáticas: incluso admitiendo que las distintas formas de investigación conllevan compromisos epistemológicos y ontológicos contrapuestos, ha aceptado la idea de que la combinación de sus respectivas fortalezas puede generar beneficios para la investigación. Pero esta última afirmación puede resultar en cierto sentido voluntarista: la combinación de métodos no siempre tiene un efecto compensatorio de sus desventajas y potenciador de sus ventajas; en ocasiones se refuerzan las limitaciones y se multiplican los sesgos. En este sentido, Massey (1999) afirma que en la actualidad resulta perentorio identificar los modos adecuados e inadecuados de combinar los métodos, y Jick (1979), por su parte, señala la necesidad de desarrollar pautas concretas acerca de cómo combinarlos.

En todo caso, las formas de articulación prevalecientes hasta el presente se han mantenido relativamente apegadas a estrategias convencionales: empleo de la perspectiva cualitativa en fases exploratorias, para la posterior realización de estudios cuantitativos de contrastación de hipótesis; utilización de la investigación cuantitativa para establecer regularidades y tipos sociales que luego se exploran en detalle a través de estrategias cualitativas; uso conjunto de ambos métodos para indagar las relaciones entre casos "micro" y procesos "macro" (Bryman 1988).

Ante estas consideraciones, y a pesar de la popularidad que la triangulación ha adquirido, queda claro que ésta aún no ha logrado cerrar la brecha entre métodos estándar y no estándar, ni siquiera en términos de su posible articulación/integración.

Por otra parte, se corre el riesgo de que la triangulación se convierta en una nueva moda metodológica: como advierte Bryman (2004), actualmente pareciera haber una tendencia —para él injustificada— a creer acríticamente que una investigación multimétodo es superior a una monométodo. Así como durante mucho tiempo —y en algunos contextos aún hoy— se recurría a las técnicas estadísticas como fetiches, sin controlar concienzudamente su utilización, hay algunos elementos que permiten pensar que algo análogo ha empezado a suceder con la triangulación: en muchos casos se recurre a ella de modo ritualista, olvidando que se trata simplemente de una metáfora (como indica Massey 1999), y descuidado la reflexión crítica acerca de los problemas metodológicos.